

NICOLÁS OBREGÓN

LA LUZ AZUL DE YOKOHAMA

Traducción del inglés de
Maia Figueroa Evans



Título original: *Blue Light Yokohama*
Ilustración de la cubierta: recep-bg / Getty Images
Copyright © Nicolás Obregón, 2016
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2019
Ediciones Salamandra
www.salamandra.info

A mi madre, a Lela. Hasta el cielo de la calle

A los pies del faro, reina la oscuridad.

PROVERBIO

1996

La cabina partió hacia el ocaso con el último pasaje de turistas. Esa tarde cálida, el funicular se elevó sobre la bahía y el litoral que se extendía a sus pies. Al este, Hideo Akashi vio las dársenas del puerto mugriento: estaban cargando microchips, pescado y lejía en camiones cuyo destino era la ciudad. El hambre de las urbes de Japón era insaciable.

Akashi se volvió hacia Yumi, su esposa, que tenía los ojos cerrados y escondía los labios entre los dientes. Él le tomó la mano y le dio un leve apretón.

—No me gustan las alturas —susurró ella.

—Ya lo sé. Enseguida llegamos.

A su alrededor, unos turistas mayores se admiraban ante el panorama. Una pareja de recién casados se hacía fotografías. El revisor iba recitando con alegría un dato tras otro sobre la altura a la que viajaban y la ciudad que sobrevolaban. Akashi besó el hombro pecoso de Yumi y, al hacerlo, vio a la mujer. Estaba sentada en la parte trasera, sola y en silencio. La ropa roñosa que llevaba era demasiado gruesa para la época del año y ella no prestaba atención a las vistas ni hacía fotos. Se limitaba a mirar al suelo. Tenía a una niña cerca que tal vez fuese su hija, pero sus ademanes no eran nada maternos. Su rostro demacrado tenía un gesto apático que enervaba y fascinaba a Akashi. Debajo de aquella fachada juvenil, se intuía una cualidad que le impedía apartar la mirada.

—Hideo —susurró Yumi.

—Dime.

—Me haces daño en la mano.

—Ay, perdona.

Akashi se obligó a mirar hacia otro lado y cogió la cámara. Dio un paso atrás y encuadró el rostro de su esposa. Yumi le sonrió con los ojos entornados por la puesta de sol.

Clic.

Estaba a punto de hacer otra foto cuando se distrajo. Algo ocurría al fondo de la cabina, algo malo. El revisor tenía las manos enguantadas de blanco con actitud suplicante.

—Señora, por favor, apártese de la puerta.

Delante de él estaba la mujer vestida con ropa de abrigo. Se oyó un ruido sordo.

Después, un líquido salpicó el suelo, y la mujer alzó una mano delicada, brillante de sangre hasta la muñeca. Sostenía un cuchillo en alto y, a sus pies, el revisor se retorció gimoteando como un bebé. Temblorosa, dirigió el arma hacia los pasajeros. Y le clavó la mirada a Akashi.

—Aléjate de mí.

Los presentes se apartaron y se amontonaron a un lado de la cabina; parecían un rebaño asustado. La mujer se limpió la sangre en el abrigo y, al hacerlo, pintó figuras rojas en la tela con la palma y el dorso de la mano. Con el mango del cuchillo rompió el panel de vidrio del botón de parada de emergencia; los cables crujieron, luego chirriaron y, al final, la cabina se detuvo con una sacudida. El sol se ponía en el oeste, que se tragó el día para siempre.

El sistema de megafonía emitió un mensaje automático.

Damas y caballeros, hemos detectado un leve fallo técnico. Por favor, mantengan la calma. Hemos avisado a los ingenieros. Para su seguridad, permanezcan en la cabina.

Se hizo un silencio frágil. El revisor ya no articulaba ningún sonido, había palidecido. La mujer pasó por encima de su cadáver y se plantó delante de la puerta. Cerró los ojos, se aferró a la palanca y tomó aire. El instinto de

Hideo Akashi emergió por fin. Yumi intentó agarrarlo, pero llegó tarde; él luchaba ya por abrirse paso entre los torsos.

—¡Policía! ¡Apártense!

La mujer tiró de la palanca, las puertas se abrieron de golpe y una corriente de aire ensordecedora irrumpió con rabia en la cabina. Akashi se acercó a ella a trompicones, con la sensación de que le temblaban las rodillas. Tenía demasiada saliva en la boca y estaba muy saturado para pensar. La mujer se quitó los zapatos, lanzó la chaqueta y dijo algo que Akashi no alcanzó a entender por culpa del viento. Él apartó a la niña de un empujón y estiró el brazo.

Entonces la mujer desapareció.

Un instante de silencio.

Sin esa oleada de imágenes de toda una vida, sólo silencio.

Akashi sacó el brazo de la cabina y la atrapó por la muñeca. Cuando el peso lo derribó, sintió un dolor abrumador. La sensación le llegó antes de darse cuenta de lo que ocurría. Sujetaba a la mujer sobre el abismo por la mano ensangrentada mientras a ella le revoloteaba el pelo alrededor de la cara. El vacío bostezaba ante ellos, azul e infinito.

La joven levantó la cabeza y parpadeó. Abrió la boca y de dentro cayeron unas palabras frágiles: las últimas gotas de un grifo que se cierra.

—Veo nubes con forma de elefante...

Akashi bramó, pero sus músculos no aguantaban. Se le acumulaba la bilis en la garganta; se le rompía el brazo. Entonces lo vio; el tatuaje en la muñeca manchada de sangre. Dibujado con una tinta oscurísima: un sol grande y negro.

El policía lo miró, y éste le devolvió la mirada. Hideo Akashi la soltó.

QUINCE AÑOS DESPUÉS

CAJAS

Iwata se despertó; había soñado de nuevo con la caída. Jadeante y empapado de sudor, se acercó a la ventana. El paisaje urbano de Tokio se extendía ante él; ciudades dentro de ciudades, ángulos incontables. Treinta y cinco millones de vidas embutidas en ritmos circadianos de hormigón y de cables. Una infraestructura inmensa, redes interminables, cada una de ellas tan delicada como el latido del corazón de un colibrí.

«Las luces de la ciudad son muy bonitas.»

Iwata cruzó el apartamento medio vacío y se sirvió un vaso de agua en la minúscula cocina americana. Vio las cajas grandes que había en un rincón y miró hacia otro lado. Se enrolló una manta alrededor del cuerpo, se sentó al lado del equipo de música y se puso los cascos. Cerró los ojos; las notas iniciales del *Impromptu número 3 en sol bemol mayor, opus 90*, de Schubert empezaron a llenar su intranquilidad y la pesadilla se disolvió en la música.

La neblina gris ya se había colado por entre las lamas de la persiana cuando Iwata decidió marcharse. Bebió café en silencio, se dio una ducha rigurosa y se puso unos vaqueros y un jersey grueso de cachemira gris. Cogió un periódico que estaba a nombre del anterior inquilino, bajó en el ascensor hasta el aparcamiento y abrió el Isuzu 117 Coupé de 1979. De debajo del limpiaparabrisas sacó una nota donde le ofrecían dinero en metálico por el coche, la

arrugó y se la guardó en el bolsillo. La tapicería de cuero estaba agrietada y el vehículo casi siempre había estado en la calle, pero prácticamente todas las semanas se encontraba notas como ésta en el parabrisas. Era obvio que tenía un vecino que miraba el coche con deseo.

Lo puso en marcha sin encender la radio y disfrutó de esa tranquilidad tan poco común en las calles de Tokio. En la entrada sur de la estación de Shibuya se habían congregado los primeros vendedores ambulantes, y conspiraban mientras compartían cucuruchos de cacahuets picantes y termos de té. Las tiendas de préstamos y las franquicias de móviles subían las persianas. En la azotea de unos grandes almacenes, una pantalla led gigante retransmitía las noticias. Habían hallado muerta a Mina Fong, una actriz famosa, en su apartamento. Una heredera célebre había roto con un lanzador de los Yomiuri Giants que tenía un futuro prometedor. Un programa de cocina muy popular había sido cancelado. Y había un nuevo número uno en las listas de música pop. La emisión terminó con el eslogan de una compañía de seguros:

ASÍ DEBERÍA SER JAPÓN

Iwata dejó atrás las calles principales y encontró aparcamiento en una parcela rodeada de edificios, detrás de una galería. Metió las manos en los bolsillos y echó a caminar por las frías callejuelas. No es que ese año la primavera llegase tarde, más bien parecía que se había dado por vencida.

Entró en unos grandes almacenes y estuvo una hora comprando rotuladores fosforescentes, cuadernos y separadores de plástico. En la cafetería pidió un café con jirabe de goma y una macedonia. No había wifi, pero le gustaban las vistas. Se tomó el café contemplando la calle, sentado entre trabajadores del turno de noche agotados. Shibuya era un hervidero de estudiantes con cara de sueño y gente que se apresuraba en llegar al trabajo. Los guardias gesticulaban con frenesí a los coches atrapados en el tráfi-

co, y los peatones se sobresaltaban con las luces rojas de los semáforos.

Iwata abrió el periódico directamente por la sección de anuncios por palabras. No se fijó en las ofertas disfrazadas de masajes discretos ni en las de mujeres de mediana edad que hacían de acompañante para cenas ni en las de clases de francés. Se detuvo en los anuncios de trasteros y de guardamuebles, y los leyó todos con atención. Al cabo de unos minutos trazó un círculo alrededor de uno, dobló el diario, se lo guardó debajo del brazo y se marchó.

En la calle, la niebla se había despejado de manera provisional, y el cielo reaparecía de un azul frío y exquisito. Se montó en el coche y marcó el número del anuncio. Contestó una voz somnolienta.

—Matsumoto, dígame. —El hombre tosió y encendió un cigarrillo—. Sus problemas de almacenamiento son mi pasión.

Iwata se mostró interesado, y Matsumoto le recitó la dirección con la promesa de encontrarse con él al cabo de una hora.

Fue en coche hacia el norte, más allá de Harajuku, y aparcó cerca de la parada de metro. Recorrió la calle Takeshita, con sus camisetas y artículos falsificados de Hello Kitty y la última moda en artilugios de plástico. Los turistas admiraban boquiabiertos los rótulos de neón de supuesta modernidad y la alegría artificial del lugar. Hasta el último rincón estaba cubierto de pósteres con las bandas manufacturadas del momento. De los altavoces baratos salían canciones pop de lo más animadas, y los adolescentes que se habían saltado las clases comparaban precios. Iwata aborrecía el lugar, pero se había aficionado al *tamagoyaki* que servía a la hora del desayuno un local de comida rápida de la zona. Aunque el restaurante acostumbraba a estar medio vacío, ese día, por el motivo que fuese, había atraído a una larga hilera de trabajadores asalariados que esperaban fumando. Iwata renegó y regresó al coche.

Se dirigió al sureste por Omotesandō, una gran avenida flanqueada por árboles, donde las amas de casa adine-

radas recorrían las tiendas de marcas italianas. Dobló en Aoyama-dori y, quince minutos más tarde, salió a Meguro-dori, donde encontró aparcamiento en un solar vacío que había entre dos casas. Al bajar del coche, miró el cielo. Esa noche iba a llover.

En un local diminuto, compró una ración de *gyozas* de gambas y verduras que le sirvieron en un plato de papel. El anciano cocinero se quejaba del partido de la noche anterior, e Iwata le daba la razón asintiendo con la cabeza mientras comía. Cuando acabó, le prometió que volvería en otra ocasión.

Al final de la calle, un hombre bajo, gordo y con coleta esperaba delante de un negocio venido a menos con el escaparate cubierto con hojas de periódico. Fumaba con ansia y miraba hacia ambos extremos de la calle. Al ver a Iwata, sostuvo el cigarrillo entre los labios y le ofreció la mano.

—¿Viene a verme?

El cigarrillo se movió con sus palabras.

Iwata asintió y se dieron un apretón de manos.

—Entonces vamos a abrir esto.

Matsumoto esquivó el montón de propaganda del suelo. La sala era estrecha, pero a Iwata le gustaba la penumbra. Las paredes estaban cubiertas de taquillas de distintos tamaños y al fondo había varias cajas de seguridad.

—¿Qué le parece, jefe? ¿Le gusta?

—Me parece bien.

—¿Para qué piensa usarlo?

—Tengo unas cajas. Son dieciséis, más o menos; así de anchas e igual de altas.

Colocó las palmas de las manos a cincuenta centímetros de distancia entre ellas.

Matsumoto soltó un silbido.

—Puedo ofrecerle toda la trastienda, pero le costará lo suyo.

—¿Cuánto?

El tipo lo miró de reojo.

—Caballero, si no le importa que se lo pregunte, ¿por qué no las guarda en casa?

—Sí me importa que me lo pregunte. ¿Cuánto quiere?

—De acuerdo. Son treinta y cinco mil al mes.

Iwata negó con la cabeza.

—Voy a hacerle una oferta: ochenta mil por tres meses. Y como usted es flexible, le pagaré por adelantado.

—Ochenta.

Matsumoto sopló una nube de humo y guiñó un ojo.

—Por adelantado.

—Exacto.

—¿Quién es usted, un prestamista o algo así?

—Necesito un lugar donde dejar las cajas, nada más.

—¿Por qué aquí? ¿Por qué no las lleva a una de esas empresas más grandes, que cobran menos?

—No me gustan los formularios.

Matsumoto se encogió de hombros.

—A tomar por el culo. Trato hecho.

En el banco, el cajero le recordó el poco dinero que quedaba del seguro, pero él no le hizo caso. Una vez fuera, Matsumoto guardó el sobre grueso en el bolsillo y, a cambio, le lanzó un juego de llaves.

—Supongo que nos vemos dentro de tres meses —dijo Matsumoto, y le guiñó el ojo.

Dio media vuelta y se marchó calle abajo seguido del vaivén de su coleta. Iwata volvió al coche y oyó un trueno en la distancia.

La estación de Shinjuku era un laberinto del tamaño de un aeropuerto, e Iwata llegó poco después de la una del mediodía. Compró un billete para el tren bala a Nagano y subió al Asama 573. Los asientos estaban limpios y la temperatura era óptima; el personal hacía reverencias siempre que algún pasajero subía o bajaba del vagón. En el «coche silencioso» el silencio era total.

El tren partió e Iwata contempló cómo se alejaba Tokio. Pasaron volando por los complejos de nueva construcción y los lagos artificiales de las ciudades dormitorio.

Allí vivían jóvenes profesionales que seguían una dieta sana y hacían ejercicio. Tiempo atrás, Iwata había sido como ellos, cuando no debía hacer ese viaje. Aunque tampoco recordaba la última vez que se había subido a ese tren. Ni quería.

«Las luces de la ciudad son muy bonitas.»

Cuando por fin se acabó el hormigón de los suburbios de Tokio, no hubo más que campos secos y torres de alta tensión. A lo lejos, colinas verdes henchidas como un suspiro de amor.

Al llegar a la estación de Nagano, Iwata compró el periódico de la tarde y un *bento* que no sabía a nada. Ninguno de los dos le despertó el apetito. Se subió a un tren viejo, demasiado feo para llamarlo antiguo, rumbo a las montañas. A su ritmo, el expreso regional hacía lo que podía para atravesar las llanuras verdes y, más adelante, los bosques de las laderas.

Iwata observaba por la ventana detalles mundanos de poblaciones mundanas. Una mujer que esperaba en un semáforo se rascó el codo. Los alumnos de una escuela pintaban un muro para tapar los grafitis. Una anciana contemplaba desde un banco el movimiento de un envoltorio de celofán arrastrado por la brisa. Una abeja perdida hacía morse contra el escaparate de una farmacia cerrada. Un coche solo en un arrozal, con las luces de emergencia parpadeando sin necesidad.

Poco antes de las cinco, Iwata llegó a su destino: un pueblo cualquiera, cerca del lago Nojiri. Se subió al único taxi que había en la estación y pidió que lo llevase al Instituto Nakamura. Pasaron frente a fábricas abandonadas y negocios que habían quebrado hacía mucho y esperaban los equipos de demolición. Los últimos borrones de la vieja escuela. El conductor estaba escuchando un programa de radio en el que se hablaba de una compañía dedicada a la perforación de pozos de agua que había defraudado

a un banco pequeño. Sus guantes blancos apenas se movían en el volante.

Por el techo solar, Iwata observó el ocaso, cada vez más oscuro. A lo lejos, las grúas permanecían inmóviles mientras un futuro provechoso esperaba a ser construido. Alcanzó a distinguir un eslogan:

JUNTOS CREAMOS EL MAÑANA

Se detuvo en la única tienda que había cerca de la institución y compró fruta fresca y varios pares de calcetines gruesos. La anciana de la caja le sonrió.

—¿Está de visita?

Iwata asintió con la cabeza y se marchó. El camino que conducía al instituto era largo y empinado. A pesar del frío, al llegar a la entrada principal estaba sudando. La recepcionista lo reconoció y lo saludó con una reverencia. Mientras ella lo guiaba por el pasillo de la zona exclusiva para residentes, no apartaba la vista del suelo desinfectado.

—Siento tener que mencionarlo, pero al parecer lleva siete semanas de retraso en el pago.

—Discúlpeme, debo de haber cometido un error horrible de cálculo. Lo enmendaré en cuanto regrese a Tokio.

La enfermera se disculpó con una inclinación de la cabeza.

—Está fuera, contemplando la puesta de sol. Por aquí, por favor.

Iwata le dio las gracias y salió a un jardín grande muy bien cuidado. Al fondo había pacientes plantando flores. Los flamencos y los elefantes de papel maché se mecían en la brisa; había molinetes de colores dando vueltas. Una mujer cantaba escalas junto a una ventana abierta. Iwata vio a Cleo en el otro extremo del jardín, cerca de la arboleda. Estaba tumbada en una hamaca, tapada con una manta.

«Las luces de la ciudad son muy bonitas.»

Siempre que la veía se le hacía un nudo en el estómago, y esa vez no fue la excepción. Le ocurría desde el principio, pero en las últimas ocasiones el nudo era diferente.

«Contigo soy feliz. Por favor, deja que te oiga.»

Cogió una silla blanca de plástico y se sentó a su lado. Cleo tenía la misma edad que él, unos treinta y cinco; era rubia y desde hacía poco llevaba una media melena de corte irregular. Estaba más pálida de lo que él recordaba y su mirada azul oscuro se perdía en la distancia.

—Hola —la saludó en inglés.

En la penumbra de las ramas, revoloteó el canto de un pájaro.

«Camino y camino, meciéndome en tus brazos como un barquito.»

Él estiró el brazo y le agarró la mano con timidez y con los labios temblorosos. Tenía la mano pequeña y su tacto era frío, como el de una piedra desenterrada en una playa.

«Contigo soy feliz. Por favor, deja que te oiga.»

Se dio cuenta de que debía de estar lastimándola y la soltó.

—Te he traído algo de fruta. Y unos calcetines. Los tuyos siempre los pierden.

Le dejó la bolsa al lado, pero ella no reaccionó.

—Voy a pedirles que borden tu nombre por dentro, así no se confundirán.

Ella continuó contemplando el horizonte como si hubiese decidido dedicarse a hacer sólo eso el resto de su vida.

—Parece que estás más fuerte, Cleo. Te veo... bien.

«Contigo soy feliz. Por favor, deja que te oiga. Esas palabras de amor.»

Iwata se cubrió la cara con las manos y sollozó.

—Hija de puta. Hija de puta. Hija de puta.

Cuando Iwata llegó a su apartamento de Motoyoyogicho ya era la una de la madrugada. En el pasillo tuvo que esquivar triciclos, montones de periódicos y fregonas tiradas por el suelo. El reloj del microondas bañaba la estancia de un resplandor verde tenue. Distinguió las cajas en el rincón

y miró hacia otra parte. Tenía que moverlas pronto. Pero no al día siguiente.

Hizo abdominales mientras veía en televisión un programa de lengua inglesa en el que una presentadora de jovialidad exagerada felicitaba a sus invitados por su mala pronunciación. La palabra del día apareció sobreimpresa en la pantalla en un amarillo chillón:

INESPERADO

Iwata apagó el televisor y preparó el futón barato. Se acostó y descorrió la cortina unos centímetros. Ante él, la aurora de neón de Tokio. Iniciativas y actividad sin fin. Hasta el último metro cuadrado tenía fecha para su expansión y reurbanización. Había una capa gruesa de nubes bajas, pero no acertaba a describir el color. Cerró los ojos tratando de no pensar en Cleo y deseó pasar una noche sin sueños.